

Tunas de leche

José Manuel Palma

Recuerdo que mi padre me enseñó aquel nopal que daba tunas especiales. Cuando él era fuerte se dedicaba a la venta de este jugoso fruto multicolor. Llenábamos cajas de madera con la espinosa esfera para ser repartidas en las tiendas de la ciudad. Yo adoraba los viajes por carretera al lado de mi padre. Cuando niño, llenaba la vista del cielo en movimiento con la idea de una serpiente larguísima que se iba sacudiendo a la misma velocidad de nuestra camioneta, en busca del tesoro que transportábamos, las tunas del sureste de la región.

Fue en un agosto de intensas lloviznas que mi padre me condujo más allá de nuestras hectáreas. A unas tierras que aparecían pasando el cerro del Bebedero y recibían a cualquier extranjero con serpientes de cascabel, unas que deshacían la tierra roja con sus cuernos de madera; había también lechuzas con manos de mujer que miraban inquisitivas desde las altas ramas de los pirules, unos que ensombrecían a ese intenso verdor. En mi pueblo, todas esas señales de la naturaleza simbolizaban la existencia de un lugar tomado por el Diablo. Para mí representaban un regalo de Dios.

En medio de estos y muchos presagios más, mi jefe me guió hasta un nopal. Era uno ordinario, se mostraba orgulloso de su firmeza como cualquier otro de la especie. Las pencas se expandían al vacío rodeado por piedra de cantera. Sin embargo, en sus puntas residía el premio mayor: unas jugosas tunas blancas. Quien conoce de estas frutas sabe que en la región existen ya unas bautizadas de este modo, pero que poseen tonalidades claras del color verde. En el caso de las tunas del nopal descubierto por mi padre no había variaciones de otro color; se trataba de frutos que parecían hechos de nieve. Y la semilla era lo único que resaltaba de entre tanto blancor, pequeñas pelotas negras que servirían para hacer crecer nuevos nopales de esta variante. Sin embargo, pasados unos días, nos descubrimos su mayor limitante: las pepitas se mostraron incapaces de reproducirse. Era como si el nopal se negara a salir de su santuario de cantera y criaturas legendarias. Solo nosotros conocíamos esta maravilla, solo nosotros hasta que...

En la tele se transmitía la victoria del candidato Felipe Calderón a la presidencia del país. Mi papá nunca se metía en esos temas, sin embargo, ahora lo veía preocupado puesto que en el pueblo existía la tradición de votar por el PRI sin importar quién fuera el candidato o sus propuestas

y, tras la victoria de un partido de oposición, había una incertidumbre generalizada en todos los habitantes de la comunidad del Bebedero. Poco a poco la gente se fue adaptando al cambio y la confianza retornaba invadiendo las calles como el humo de las ladrilleras. En la presidencia del pueblo, el PRI salió victorioso una vez más y la vida siguió dotando a nuestro entorno de trabajo y alegrías, de la misma forma en que el nopal continuaba dándonos, en secreto, esas tunas de leche que tanto me gustaban.

Yo no sabía de nada que no fueran nopales, espinas y tunas. Apenas estudiaba en el telebachillerato de la región y, al contrario de muchos jóvenes de mi edad, mi interés estaba en las salidas por carretera con mi padre y la distribución de la tuna. Pero la vida tiene una especial similitud con los cerros y, como ellos, tiene huecos y precipicios que arrastran al abismo a todo aquel que ose pisarlos. Yo, sin tener la mitad de astucia de un escalador experto, fui obligado a perderme en un vacío de escombros de la vida. Mientras camino, recuerdo la canción del Divo de Juárez que dice algo así: «Hasta que te conocí/Vi la vida con dolor/No te miento fui feliz/Aunque con muy poco amor».

Después de que instalaran una base del ejército cerca de la carretera que conducía a la capital del estado, llegó al Bebedero un grupo de hombres que usaban camionetas grandes y música de banda a todo volumen. Así como con la llegada del vendaval, el humo de la confianza y la seguridad se dispersaba de las calles y abandonaba para siempre al pueblo y sus habitantes. Yo hasta entonces los veía con total normalidad; en mis viajes a la ciudad era común encontrar vehículos de ese tipo y vestimenta similar a los que portaban estos recién llegados.

Un día, de camino al santuario del nopal, noté que una camioneta me seguía. Al pararse a mi lado detecté un perfume que anunciaba la llegada del intruso. Un hombre de unos treinta años venía conduciendo y frenó su vehículo dejando escapar una humareda roja desde los neumáticos. Esa nube roja inflamó mi pecho y el corazón latía como siguien-

do el ritmo que toman las baquetas en los honores a la bandera de las escuelas. Tras una entrevista cara a cara con su pistola, revelé cuál era mi destino y lo que ahí se encontraba. Tenía miedo. De pronto una ráfaga de trompetas inundó mi existencia; las voces agudas de hombres las acompañaban como en un eco que taladraba mi memoria para no irse nunca, deformadas gritaban: «Sé que estoy perdido/Sé que estoy muriendo sin tu amor, sin tu calor, por tu adiós». Unas violentas percusiones y el taladrar de los neumáticos contra el pavimento me anunciaban el sendero a mi nopal. Al vehículo que me trasladaba se le unieron otros y entre todos ahuyentaron a serpientes, lechuzas y cuanta criatura aparecía defendiendo las tierras virginales. Desde entonces, el fruto blanco se tiñó de rojo y una ola de muerte cambió el rumbo de mi comunidad.

En el pueblo nadie imaginó que tendríamos que buscar nuevos horizontes, que los cerros ya no bastaban para ser el refugio protector del ajetreo de «la guerra contra el narcotráfico». Todo ese polvo rojo que salió de los neumáticos nos inundó las vidas y las nubló con dolor. Ya nadie se libraba de estas violentas espinas.

El Bebedero ya no existe sino como una verdadera tierra del diablo, un infierno de bestias que aniquilan cuanto tocan. Hoy me acompaña, a paso lento, la serpiente de este cielo abrasador. Me anuncia un destino sin padre ni tunas, sin cantera y sin verdor. A lo lejos aparecen unos fulanos que destellan intensos rojos y azules con estrellas blancas. El señor Coyote dice que ya nos cayó la migra. A mí ya no me importa nada. Ya solo veo un campo de nopales muertos y siento en mi boca el jugo de la tuna blanca.

